AYER Y HOY por D. GONZALO BULNES

En mi niñez remota
Santiago era una aldea
De adobes y de tierra.
Los altos murallones
Cerraban los solares.
Los amplios corredores
Abrían sus pulmones
Al aire perfumado
De plantas y de flores.

Las calles se cubrían
Con las piedras redondas
Que el torrentoso río
Arrastraba en sus ondas,
Corriendo a su albedrío,
Ora inclinado a un lado
Ora cargado al otro,
Como rey de un estado
Sin dueño ni señor.

La iglesia que llamaba
El pueblo a la oración
Y el débil campanario
Que exparcía su voz
Eran de humilde adobe
Su vestido de cal,
Su luz la del aceite.
Sus bujías ardientes
De sebo, y el altar
De cuero rebujado
Imitando el tallado
De precioso metal.
Doquiera la pobreza
Del culto y la humildad.

El manto silencioso
Cubría en sus misterios
Anhelos ardorosos
Impregnados de amor,
Que la fe conducía
Del pecho de la virgen
Hasta el trono de Dios.

Hoy el templo es lujoso.
Su bóveda espaciosa
Difunde claridad.
El brillo de dorados
Refleja en el altar.
Al manto silencioso
Reemplázalo el cendal
De encajes realzado
Con lujo y vanidad.

Un puente de anchos arcos
Y material sombrío
Cruzaba sobre el río.
Era el Dios del Mercado,
Su fetiche adorado.
Lo ví caer un día
Con fragor infernal,
Y ví al pueblo llorar
Con el dolor sincero
Del que pierde su hogar.

Cayó el puente sombrío
Decía en su dolor.
Cayó del rayo herido
Por mano de traidor.
Cayó para que el hierro
Tomase su lugar
Declarando el ladrillo
Construcción de otra edad!

Alzábase en la Plaza
Adusta Catedral
De macizos de piedra.
En su costado había
Un edificio vasto
En cuyas salas frías
Rebocadas con cal,
Seculares obispos
Prodigaron lecciones
De ciencia y de verdad.
Un día el alarife
Los macizos cubrió
Con yeso deleznable,
Y el rostro venerable
En alegre comparsa se trocó.
Comparsa de carmín y pachul

Y así cayó la iglesia
Y así cayó el sayal
Y el manto silencioso
Y el puente colonial!
Así se lleva el agua
Del lejano torrente
El arbusto que crece
En su lecho inclemente.
Así se lleva el viento
Las hojas esparcidas
Y el vendaval violento
Las flores más queridas.

Un gran templo se alzaba
Do otrora los alumnos
Del claustro conventual
Hormigueaban atentos
Buscando de la ciencia
El rico manantial.
Lo ví una tarde triste
Arder en llamas fieras,
Consumiendo en sus brasas
Matronas altaneras.
Niñas puras y bellas.
Ví restos calcinados
Revueltos con los cuerpos
En piras hacinados.
Su torre por el suelo,
Su campana caída,
Su reloj destrozado,
Ese reloj cantado
Por la musa de Bello!
Y montones de astillas
Por el suelo botadas
Como testigos mudos
De grandeza pasada.

Funcionaba en la plaza del Congreso
El parlamento antiguo,
En el propio salón en que ocurriera
Un grande acto de histórico civismo.
Ese salón desnudo, sin ornato,
Había presenciado
Del mandatario el gesto soberano,
Entregando su espada vencedora
Al noble vecindario congregado.
Vagaba O'Higgins en la escueta sala
Y el sentimiento dulce de la Patria
Evocado en su nombre, penetraba
La conciencia y el voto que se daba.
No descuella la sala por la ciencia
La oratoria fecunda y palabrera.
Pero reinaba en ella
Un sentimiento grave
De respeto y cultura,
El amor dulce y suave
De la patria adorada.
El celo apasionado de su gloria
El recuerdo sagrado de su historia.

Nunca la vil sospecha
La honra de esos hombres empañó.
A error se atribuyeron sus errores.
Jamás al interés o al deshonor.
El pueblo en sus momentos de amargura
Nunca pensó lanzar la atroz injuria
Que el voto pronunciado
Fuera expresión del interés menguado.

Integridad, pureza de otra época,
Y tú, cultura, virtud de caballeros,
¿Qué suerte habéis corrido?
¿Dónde habéis escondido
El antiguo tesoro bendecido?

En la Chimba alterosa y levantisca
Siempre en guerra civil río por medio
Con el resto del pueblo santiagueño,
Había en sus suburbios más vecinos
Una casa modesta.
Los grandes presidentes que en otrora
Ocuparon el puesto ambicionado
Buscaban el refugio del estío
En ese hogar modesto y apartado,
Por no imponer al fisco gasto alguno
Que no fuera a sus recursos permitido.
Hoy no es así.
La vanidad inquieta
No permite al supremo mandatario
Moverse sin el séquito rumboso
De los viejos monarcas soberanos,
Ofendiendo el erario lastimoso
Y el bagaje modesto
Esencia del poder republicano.

Los chilenos que entonces recorrían
Países aledaños,
O los que se alejaban
A suelos apartados,
Doquiera en todas partes encontraban
Que la moneda honrada y verdadera
Que era entonces su áurea compañera,
Despertaba la envidia
De los que ya vivían con la insidia
De la falsa moneda.
El papel engañoso
No había aparecido
Llevando en su cortejo
Pobrezas y extravíos
Miserias y dolores
Ruinas y desvaríos.

En sus alegres fiestas de Septiembre
El pueblo alborozado
Corría a la pampilla presuroso.
Luciendo el potro ardiente
De Quilamuta, y el fastuoso arreo
De las ricas campiñas adyacentes,
La Compañía, Maipo o Aculeo.
Con manta variopinta,
Con montura lujosa,
El corcel braceador,
Pellones de la Quinta,
Freno de Peñaflor,
Así llegaba el huaso
A la pampilla hermosa
En la actitud briosa
De un viejo luchador,
Revolviendo orgulloso
La bestia palpitante
Que giraba anhelante
Al tacto de la rienda.
Al ritmo de su cuerpo,
O al grito de su voz.
El aplauso sincero
Del pueblo le seguía.
Y la franca alegría
Del patriotismo austero
Sus gestos aplaudía.

Carretas enfloradas
El piso tapizado
A manera de estrado
Al huaso acompañaban.
Restaurant ambulante
De frutas y manjares
Repleto de beldades,
Juventudes en flor,
Capullos que se abrían
Con el beso del sol.
Suspiros de la aurora.
Chiches hechos por Dios!

Y el pueblo aplaudía la carreta
Y saludaba el paso del trotón,
Y al oir el sonar de la corneta
Del apuesto y gallardo batallón
Que a la pampa llegaba,
Con amor y cariño se agolpaba.
Las almas se fundían
En una aspiración,
En un anhelo tierno
De confianza y amor
Con aquellos soldados
Que el pueblo veneró,
Sin viso de sospecha
Sin mezcla de rencor.
La insidia que fomentan contra ellos
Viles y miserables adalides
Cómplices subterráneos escondidos
De la zafia extranjera
Para entonces no había aparecido.
La Patria era la diosa
De todos los amores
La madre cariñosa
De todos los dolores.

Benditos tiempos de la Patria mía.
Noble bandera. En tus augustos pliegues
Deslízase la historia placentera,
Hablan O'Higgins, Bulnes y Carrera,
Hablan los que formaron
Esta Patria chilena
Los que la fuerte estatua modelaron.
Habla el poeta, el escritor, la madre,
La que arrulló sus hijos en la cuna.
Hablan mil voces repitiendo a una:
¡Chileno! Defiende el arca santa
De tu bandera inmaculada y pura!
Defiende la dulzura
De tus viejos ideales,
El nombre respetado
De tus héroes civiles y soldados.
Defiéndeme con el acento fiero
Con que defiende al padre su heredero.

Ciudad de adobe y barro
Hogar de un pueblo libre
Qué valen tus riquezas?
El esplendor te sirve?
Dime si estás contenta,
Si la dulce alegría
Te sirve de alegre compañía?

Perdiste la modestia
Riqueza no adquiriste.
Ha quedado tendida
En la extraviada vía
Del desorden atroz.
El mundo no te estima
Como antes te estimara.
La probidad austera
De tu gobierno que era
Tu orgullo y tu blasón
Pasó como se esfuma la ilusión.

Viejos tiempos que fuisteis
Por qué de Chile huísteis?
A la vieja confianza
Sucede la inquietud.
¿Por qué tus magistrados
Honrados y virtuosos
De todos venerados
Se esconden como sombras del pasado?

Prefiero la ciudad de adobe y tierra.
El fúlgido reflejo de su estrella.
Las costumbres sencillas del pasado,
La virtud de sus grandes magistrados.
Y en la cumbre del puesto soberano
Un mandatario ecuánime y honrado!

Gonzalo Bulnes.

Diciembre de 1923.